

PEREGRINA.—Yo sí.

JOSÉ.—Es lo primero.

(Mutis José por el foro, después de que entró Fungueiro y le hizo un par de reverencias.)

ESCENA XX

PEREGRINA; FUNGUEIRO, por el foro.

FUNGUEIRO.—Buenos días.

PEREGRINA.—¿Es usted?...

FUNGUEIRO.—Yo soy: tu humildísimo amigo, servidor y maestro, Bernardino Fungueiro, que tus pies besa.

PEREGRINA.—No chochees, Fungueiriño.

FUNGUEIRO.—Son cortesías que le caen bien a los señores galanes, como mi señor don Endero, y a las mozas que llevan rumbo de señoras, como mi señora doña Peregrina.

PEREGRINA.—Yo no pasaré de moza...

FUNGUEIRO.—No fué tal la misión que le encomendaron a mi desmayada sabiduría, sino por el contrario, la de pulirte y adecentar tus

modales, haciéndote comprender las grandezas que en este mísero barro, que llamamos cuerpo, esparce la divina esencia, que llamamos alma.

PEREGRINA.—*(Sonriendo.)*—¿No le será mucha esencia para mí, Fungueiro?

FUNGUEIRO.—No, mujer, no, que en principio y en sustancia todos somos iguales.

PEREGRINA.—¿Iguales el que aprende y el que enseña, el que paga y el que cobra?... ¿Para qué me dice mentiras?...

FUNGUEIRO.—¿Y qué te voy a decir si no? ¿Crearás tú que uno tiene verdades que contar a cualquier hora?...

PEREGRINA.—Mal enseñador hace...

FUNGUEIRO.—Ya digo yo que no sirvo, ya; pero como me pagan por esto y por otra cosa no, pues no hay más andadura que la de ir adelante con la enseñanza. Me consuelo con la seguridad de que al fin iremos a un mundo mejor.

PEREGRINA.—¿Quién lo duda?

FUNGUEIRO.—Pero sin prisas. Yo no soy impaciente. Bueno, a la lección.

PEREGRINA.—Hoy, no.

FUNGUEIRO.—¿Y siempre estamos en que no?

Por una causa o por otra no estudias nunca y yo no cumplo lo que ordenó tu padrino al decirme: «Peregrina es lista de natural, pero no tiene instrucción ninguna. A ver, Fungueiro, si la desasna un poco».

PEREGRINA.—Fué muy amable el padrino.

FUNGUEIRO.—En resumidas cuentas: a mí lo mismo me da, y a ti, por lo visto, no te preocupan los ríos de Europa y las islas de Oceanía.

PEREGRINA.—Para no salir jamás de la aldea...

FUNGUEIRO.—¡Y eso que, vr. gr., el Sahara o Gran Desierto es de una magnificencia tal, de una hermosura tan intensa!!...

PEREGRINA.—(*Interrumpiéndole.*)—¿Usted lo vió?...

FUNGUEIRO.—¿Verlo?, no; lo dicen los Compendios.

PEREGRINA.—Con poco se alegra. Y por el entusiasmo de usted, ¡reconcho! parecía que...

FUNGUEIRO.—(*Escandalizado.*)—¡Eh, eh, eh! Reconcho no está bien, Perigriniña. Es una interjección, que recuerda otras peores, y ni ésta ni las otras debes emplearlas.

PEREGRINA.—Esta se me escapó...

FUNGUEIRO.—Pues ya, que siga su camino. Y respecto del énfasis con que explico las alusiones geográficas, no te fíes mucho. Tras de veintisiete años, dándole que le das a las mismas asignaturas, yo digo por hábito y maquinalmente lo que al principio fué un recurso oratorio para conmover a mis discípulos: «La zona tórrida, señores», y entreabro la americana para darles idea del calor. «El helado Polo, señores»... y tirito de frío para inculcarles la idea de la baja temperatura... pero comprenderás que a esta distancia no me producen frío ni calor.

PEREGRINA.—Comprendido... y váyase. Hoy llega el hijo de don Endo.

FUNGUEIRO.—Que llegue. Tiene treinta y tantos años... Ese no viene para la escuela.

PEREGRINA.—No.

FUNGUEIRO.—(*Encogiéndose de hombros.*)—Pues...

PEREGRINA.—Y el amo nos regala a todos una soldada más.

FUNGUEIRO.—¿A todos?... ¡Por fin diste con una verdadera alegría, mujer!

ESCENA XVI

DICHOS; MANUELA, por la izquierda.

MANUELA.—Oye, tú, haz un poco de atención por aquí, no vaya a entrar la Pastoriza: quiere ver al amo para preguntarle por el su hijo, de ella.

FUNGUEIRO.—¿Otro que vuelve de América?

MANUELA.—¡No diga blasfemias!

FUNGUEIRO.—¿Yo?...

PEREGRINA.—¿No sabe la historia de la Pastoriza?

FUNGUEIRO.—La Historia Universal nada más; por eso no sé la de nadie.

PEREGRINA.—Hablan' de que se le marchó el hijo a las Indias, por amores que le contrariaba la madre.

FUNGUEIRO.—Uno de tantos emigrantes. Caso vulgar.

PEREGRINA.—Pasaron seis años sin noticias, y un día recibió carta del hijo anunciando que embarecaba en el *Oropesa*, de vuelta a España. En alta mar le dieron unas fiebres, murió, y

con un saco, y más una piedra, lo echaron al agua.

FUNGUEIRO.—Es lo que debe hacerse: artículo 87 de la ley del 70.

PEREGRINA.—Y cuando en el muelle aguardaba la madre al hijo, y en vez del hijo le dieron un papelito...

FUNGUEIRO.—El certificado. Artículo 55 y siguientes.

PEREGRINA.—Con la pena y el espanto se volvió loca.

(Pausa.)

¿No hay artículo para eso, señor Fungueiro?

FUNGUEIRO.—(Con el gesto más que con la voz.)—No, no...

PEREGRINA.—Pero como lo malo aún puede ser bueno si Dios lo dispone, al perder el juicio se le borró la memoria desde el momento en que recibiera la carta. Sabe que el su hijo, el Gaspar, ha embarcado; sabe que llega; y ya no sabe más... Y anda por ahí la infeliz, alegre y contenta, aguardando siempre a quien no ha de llegar nunca, y para enterarse bien, a todo el mundo va preguntando: «¿Cuándo viene el *Oropesa*, sabe?»... «Porque llega mi hijo, ¿sabe?»...

FUNGUEIRO. — (*Desconcertado.*) — Caramba, caramba...

PEREGRINA. — Y no es más que eso la historia de la Pastoriza. Con su permiso, Fungueiriño.

(*Y mutis Peregrina por la derecha.*)

FUNGUEIRO. — Caramba, caramba...

ESCENA XXII

DICHOS, menos PEREGRINA.

MANUELA. — Y aquí le echaron pronto por firme la desgracia, que el vispera de irse a la Coruña ladró un perro toda la noche junto a su puerta, y eso le es muerte de ausente.

FUNGUEIRO. — ¡Bah, bah!...

MANUELA. — ¿No lo cree?...

FUNGUEIRO. — Parlerías de comadres.

MANUELA. — ¡Ay, qué hereje! ¿Y no vió nunca la compañía?

FUNGUEIRO. — ¿Con los muertos, en procesión de muertos?... Nunca, ni tú tampoco.

MANUELA. — ¡Yo sí!

FUNGUEIRO. — Algún miedo que habrás pasado.

MANUELA. — ¿Y no es de mal signo derramar la sal y meter la llave del revés en la cerradura y hablar de aparecidos en la alcoba del enfermo?...

FUNGUEIRO. — Parlerías, parlerías...

MANUELA. — No sea descreído, ni se burle de cosas tan probadas, que el día menos pensado se lo llevan las ánimas, y estará muy bien, por impío.

FUNGUEIRO. — Si me llevan ya te contaré lo que pasa por los aires.

MANUELA. — ¡Quite, quite, que hoy está dejado de la mano del Altísimo!

FUNGUEIRO. — Y si vuelvo, te traigo un rabo de escoba con dedicatoria de bruja.

MANUELA. — ¡Calle, por Dios, que es de mal agüero y va a traer desgracia!

ESCENA XXIII

DICHOS: ROSENDO, por el foro

ROSENDO. — ¿Por qué pelean?

FUNGUEIRO. — Porque la Manuela habla de

los trasgos y de los fantasmas como si fueran de la familia.

ROSENDO.—¿Y una persona de la cultura de usted lo niega?

FUNGUEIRO.—(*Espantado.*)—¿Negarlo?...

(*Obsequioso.*)

No, señor; no, señor...

ROSENDO.—Cierto que exageran: pero la figura corpórea del enemigo malo está reconocida por la misma Iglesia.

MANUELA.—¿Lo ve?

ROSENDO.—Y que puede venir a tentarnos en forma humana, es indiscutible.

MANUELA.—¿Ve cómo pueden tentarnos?

FUNGUEIRO.—¿Quién lo duda?

MANUELA.—(*A media voz.*)—¡Hereje!

FUNGUEIRO.—(*Desesperado.*) ¡Manuela!

MANUELA.—¡Herejísimo!

(*Y mutis por la izquierda.*)

ESCENA XXIV

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNGUEIRO.—Estoy de acuerdo con usted. A éstos, como son tan ignorantes, se lo niego todo...

ROSENDO.—Mal hecho...

FUNGUEIRO.—Eso opino también yo. ¡Ah! don Rosendo, muchas gracias.

ROSENDO.—¿Por?...

FUNGUEIRO.—Esa soldada de más que nos concede.

ROSENDO.—Es para los criados.

FUNGUEIRO.—Tal me considero de usted.

ROSENDO.—No me atrevía.

FUNGUEIRO.—Pues atrevase.

ROSENDO.—Bueno.

FUNGUEIRO.—Una duda. ¿Este sueldecito de plus es del mes o del año? Porque varía bastante...

ROSENDO.—Soy muy dichoso, y quiero que lo sean todos. Del año.

FUNGUEIRO.—Gracias. Es un dolor que no le vengan hijos más a menudo...

ROSENDO.—Quizás cambiara un poco...

ESCENA XXV

Dichos: PASTORIZA, por el foro

PASTORIZA.—(*Siempre risueña y dulce, viene desde lejos canturreando los dos últimos versos de la poesía de Curros Enríquez. Los dirá parada, en la ventana, sonriendo.*)

Lonxe d'ela, de pé sobr'a popa
d'un aleve negreiro vapor
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador.

(*Hablado.*)

¿Hay permiso?

(*Entra.*)

Buenos días nos dé Dios.

ROSENDO.—Buenos, Pastoriza.

PASTORIZA.—Vengo del excelentísimo Ayuntamiento, pero no me dejaron entrar junto al alcalde.

ROSENDO.—¿Deseabas algo?

PASTORIZA.—Una pregunta. Quizás usted...

ROSENDO.—Quizás...

PASTORIZA.—¿Puede decirme cuándo le llega de fijo el *Oropesa* a la Coruña?

ROSENDO.—Aún tardará...

PASTORIZA.—Poco andan los barcos por el mar... ¿o será que hay muchas legua?... ..

ROSENDO.—Eso.

PASTORIZA.—Es que viene el mi hijo, ¿sabe? Mi Gaspar, mi Gaspariño, ¿sabe?

ROSENDO.—Sí, sí...

PASTORIZA.—Tuve carta suya, que embarcaba el doce, y como hoy somos veinticuatro; no, veintinco; no, veinticuatro...

(*Riendo suavemente.*)

¡Nunca lo sé bien esto de los días!...

ROSENDO.—A veinticuatro estamos.

PASTORIZA.—Y decía yo que puede ser que venga cerca ya...

ROSENDO.—No. Hasta el seis o el siete próximo...

FUNGUEIRO.—El siete...

PASTORIZA.—¿Tanto aún?... Estoy esperando un día bueno y los demás parecen cativos y que no valen. ¡Pero ese, sí! ¡Llegará la noche

de ese día, y aún he de ver al sol rebrillando entre la luna y las estrellas!...

(*Se entusiasmó; ahora humilde.*)

Han de dispensar que viva tan gozosa, pero le hace ya que no ando junto a él ocho años; no, nueve; no, ocho...

(*Volviendo a reir quedamente.*)

Tampoco lo sé nunca bien esto de los años... ¡qué burriña soy!...

ROSENDO.—Da igual...

PASTORIZA.—No le llevo fijas más que dos fechas: tenía ya treinta y nueve cumplidos por el Apóstol, cuando marchó el hijo, y después cuento desde que marchó, pero ya no los sé cabales: años y años y años... qué burriña soy, ¿verdad?...

ROSENDO.—Siempre es mejor no enterarse de los que van...

FUNGUEIRO.—Y ya pasados, lo mismo da uno que mil. El pasado es como una fuente... no, como un pozo... no... ¡lo he leído hace pocos días, pero se conoce que lo olvidé hace más pocos!

PASTORIZA.—Para mí son muchos... ¿Por qué

se irán los hijos, don Endo; por qué se irán?...

ROSENDO.—(*Queriendo bromear.*)—Es el único modo de que vuelvan.

PASTORIZA.—¡Y qué dulzura la de aguardarles, Virgen de la Pastoriza! La miel es agria comparándola.

ROSENDO.—Y máxime no habiendo motivo de rencor. Mi Jacobo se fué por impaciencias juveniles, no por disgustos ni por contrariedades siquiera.

PASTORIZA.—Y mi Gaspar lo mismo.

(*Exaltándose.*)

Dijeron las malas lenguas—que la tiña los cubra y la sarna los recubra cuando sanen—dijeron esos malvados...—¡Permita la Santa Pastora que cieguen si dicen que lo han visto, o que no oigan ni los truenos, si dicen que lo oyeron!...—dijeron esos pillos...—¡Mala miseria los coma!

ROSENDO.—Cálmate, cálmate; no hay que darle importancia a murmuraciones.

PASTORIZA.—(*Calmada.*)—¿Verdad?...

ROSENDO.—Indudablemente.

FUNGUEIRO.—¿Qué dijeron?

PASTORIZA.—¿Quiénes?

FUNGUEIRO.—Tú sabrás, que lo referías.

PASTORIZA.—¿Yo?... ¿Qué decía yo, don Endo?... Han de perdonar, mis señores, que a las veces andan los pensamientos por mí, como los pájaros por los árboles, que no saben de qué rama vienen ni a qué rama van los pobres.

ROSENDO.—Todos nos trascordamos.

PASTORIZA.—¡Ay! Ya sé en qué rama estoy.—Dijeron los condenados...—¡en los infiernos se vean por infernales!...—que Gaspariño marchara porque yo le contrariaba unos amores... ¡Y es mentira, como hay Dios que lo es! ¡Por mi salvación, señor!

ROSENDO.—Nadie ha dicho eso.

PASTORIZA.—¿No?

ROSENDO.—No.

PASTORIZA.—¿Me perjura que no?

ROSENDO.—No.

FUNGUEIRO.—(Cuando ella le mira.)—No.

PASTORIZA.—¿Entonces soy yo quien lo dice nada más? ¿Y ustedes podrán asegurar que de mí lo oyeron?

ROSENDO.—¡Qué vamos nosotros a repetir esas palabras! Como si no las hubieras pronunciado.

PASTORIZA.—¿No las dirán?

ROSENDO.—No.

PASTORIZA.—(Con angustia.)—¿No, don Endo?

ROSENDO.—No, mujer, no.

FUNGUEIRO.—(Cuando ella le mira.)—No.

PASTORIZA.—(Besando el faldón de la chaqueta de Rosendo.)—¡Ay, qué buenos son!

ROSENDO.—Vete en paz.

PASTORIZA.—¡Ay, qué buenos son, Santísima Trinidad!...

(Gozosa.)

¡Y yo qué burriña por temerlo de tan buenas almas!

(Marchando de espaldas y poniendo el dedo en los labios para pedir silencio.)

No lo digan nunca, que es un contra Dios muy grande; no lo digan, no lo digan...

ROSENDO.—No. Esperadora de esperanzas. Madre de ausentes, que la paz sea contigo y con tu espíritu...

PASTORIZA.—(Le mira, sonríe y canturrea

marchándose tranquila por el foro derecha, sin mirar cuando pasa por la ventana.)

Lónxe d'ela, de pé sobr'a popa
d'un alave negreiro vapor,
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador...

ESCENA XXVI

ROSENDO y FUNGUEIRO: luego TONO, por el foro,

ROSENDO.—Siempre así...

FUNGUEIRO.—El pasado es un pozo, no, una fuente..., no...

ROSENDO.—¿Piensa usted en eso?

(Despreciativo.)

Le envidio a usted, Fungueiro.

TONO.—*(Entrando escapado.)*— ¡Señor mi amo, ahí viene la yegual!

ROSENDO.—*(Intranquilo.)*—¿Y Jacobo?

TONO.—Encima.

FUNGUEIRO.—Claro.

TONO.—Claro no, que se pudo caer.

ROSENDO.—¿Pero no se ha caído?

TONO.—No, señor. Vienen los dos y el espolique.

FUNGUEIRO.—Que son tres.

TONO.—Y el perro.

FUNGUEIRO.—Que son cuatro.

ROSENDO.—¡Avisa a la gente!

TONO.—*(Gritando, mutis por la derecha.)*—
¡Peregrina! ¡Manuela! ¡Amaro!

ESCENA XXVII

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNGUEIRO.—¿No adelanta usted a recibirle?

ROSENDO.—No. Aquí será más honda la impresión de bienvenida. Quiero que todo, desde las personas hasta los muebles y los muros de la casa, le hablen a una sola voz y a un mismo tiempo del encanto de ser recibido como a dueño y señor de los Pazos de la Tarroeira. ¿No le parece a usted?...

FUNGUEIRO.—*(Encogiéndose de hombros.)*—
A mí...

(Arrepintiéndose.)

Me parece admirablemente la idea.

ESCENA XXVIII

DICHOS: unos tras otros y a su tiempo, PEREGRINA. TONO y AMARO, por la derecha. ABAD y ROMUALDITO, por la derecha. MANUELA con un cofrecito. MARUJA con un llavero y tres o cuatro muchachas con las cestas. Quedan colocados todos a la izquierda, menos ROSENDO, en el centro, y los curas a la derecha. José a la izquierda. Fuera pueden oírse algunos cohetes.

PEREGRINA.—Ahí tiene al su Jacobo, don Enzo.

ROSENDO.—Mío es, porque yo le di la vida: en lo demás no es mío ya...

PEREGRINA.—Abrácele bien fuerte.

ROSENDO.—Descuida.

MANUELA.—Muchas gracias por la soldada, señor amo.

MARUJA.—Muchas gracias.

TONO.—Y que siempre haya para más.

FUNGUEIRO.—¿Recuerda usted que yo también se las di?... Por la de todo el año, ¿recuerda usted?...

ROSENDO.—Sí, Fungueiro, sí.

FUNGUEIRO.—Eso me tranquiliza.

ABAD.—¿En dónde está ese mozo?

ROSENDO.—Aguarde, señor Abad. Aquí hemos de esperarle.

ABAD.—¿Y yo voy a estarme quieto?

ROSENDO.—Si es posible, sí, señor.

ESCENA XXIX

DICHOS: La voz de JACOBO, fuera. Luego JACOBO y el espolique, por el foro.

LA VOZ.—(*Lejana.*)—¡Padre!

FUNGUEIRO.—¡Ahí está!

ROSENDO.—Ya le oigo...

(*Pausa.*)

JACOBO.—(*Más cerca.*)—¡Padre!

FUNGUEIRO.—¿Oye usted?...

ROSENDO.—Oigo, oigo...

ABAD.—¡Vaya usted, porral!

DON ROMUALDO.—¡Señor Abad!

FUNGUEIRO.—¡Qué claras las suelta!

(*Pausa.*)

JACOBO.—(*De americana y con una sola espuela, entrando.*)—¡Padre!...

ROSENDO.—(*Abrazándole.*)—¡Jacobol!

FUNGUEIRO.—(*Quitándosele.*)—¡Jacobete!

JACOBO.—(*Después de mirarle un momento.*)
¡Fungueiriño!

ESCENA XXX

DICHOS: PASTORIZA por el foro.

PASTORIZA.—Jacobo... ¿Has visto a mi Gaspar por allá?

JACOBO.—(*Indiferente.*)—No.

PASTORIZA.—¿No?...
(*Lenta y silenciosa va a sentarse en el banco que habrá al pie de la ventana, quedando abstraída y sin mirar a nadie, haciendo rayitas en el suelo con una vara verde que sólo tiene hojas en un extremo.*)

ROSENDO.—En tu ausencia, día y noche ha brillado esa luz pidiéndole a la reina de los cielos protección para ti. Apágala tú.

(*Jacobo va a la imagen, se persigna, reza un momento y apaga la luz, besando la repisa, mientras sigue hablando Rosendo.*)

Y esta misma tarde iremos al santuario de Tárrade para que enciendas por tu propia mano la luz que no ha de apagarse jamás mientras exista por el mundo un señor de la Tarroeira que cumpla nuestra voluntad en lo futuro, como nosotros cumplimos la de nuestros antepasados.

ABAD.—Amén.

TODOS.—Amén.

JACOBO.—Iremos.

DON ROMUALDO.—*Jacobus...*

JACOBO.—(*Sorprendido.*)—Señor cura...

FUNGUEIRO.—(*Al oído.*)—No tengas miedo, es que te bendice.

DON ROMUALDO.—*Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus; jam lætus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

FUNGUEIRO.—Ya terminó.

JACOBO.—Muchas gracias..., y lo mismo digo: tanto gusto en saludarle...

DON ROMUALDO.—Su humilde capellán, en los Pazos.

ABAD.—Yo soy el abad de Tárrade.

(*Dándole una palmada.*)

Ya te diré en dónde hay buenas perdices.
¿Eres aficionado?...

ROSENDO.—Escúchame, Jacobo. No vuelves a mi cariño, porque de él no te aparté jamás: vuelves únicamente a la casa y ella va a recibirte como a dueño suyo. Habla, Amaro.

AMARO.—(*Consultando su librito.*)—Seiscientos ferrados de trigo se lograron este Septiembre.

ROSENDO.—Trescientos son tuyos.

AMARO.—Mil sesenta de maíz...

ROSENDO.—Quinientos y más son tuyos.

JACOBO.—Padre...

AMARO.—Las rentas y pensiones, con los foros suben a...

JACOBO.—Te suplico que no insistan en eso ahora.

ROSENDO.—Calla, Amaro. Tú dispondrás cuando quieras saberlo. Habla, Tono.

TONO.—Santiago le vea venir, señorito Jacobo, y le tenga de su mano.

JACOBO.—Y a ti.

TONO.—A nos también.

ROSENDO.—Habla.

TONO.—Diez y siete vacas lecheras y once terneros recontamos hoy. Ciento catorce ovejas y merinas...

FUNGUEIRO.—¡Caray!

TONO.—Ocho yuntas de bueyes para la nuestra labor...

JACOBO.—(*Riendo.*)—Pero padre...

ROSENDO.—No soy yo, es la casa quien te habla.

(*A Tono.*)

Sigue.

TONO.—De cerda, sin ofender, hay...

JACOBO.—¡Calla de una vez!

ROSENDO.—Calla, Tono. Habla tú, Peregrina.

JACOBO.—¿Es la ahijada?... Estás hecha una buena moza, y guapa... ¡cuidao si estás guapa!...

ROSENDO.—Déjala que hable, que esto de la hermosura ya con la presencia te lo dice.

DON ROMUALDO.—(*Aparte al Abad.*)—¿Ve usted el peligro?...

ABAD.—No.

JACOBO.—La espiga ha madurado espléndidamente...

ROSENDO.—Déjala.

(*A Peregrina.*)

Habla.

PEREGRINA.—En la bodega hay veinte cántaras del Rivero y dos del Tostado; la despensa, ahita de conservas; los tres hórreos, cuajados de maíz de otro ogaño; los dos palomares repletos de palomas...

JACOBO.—Calla, Flor de los Pazos...

ROSENDO.—Calla. De todo, la mitad es tuyo. De esto, que van a hablarte sin hablar una palabra siquiera, todo es tuyo y nada es mío. Adelantad vosotras.

MANUELA.—Las alhajas...

MARUJA.—En el armario grande están los vestidos y la ropa blanca. Las llaves...

JACOBO.—¿Ya tenéis la boda preparada? Y la novia ¿cuál es? ¿Tú?...

ROSENDO.—Todo es tuyo, Jacobo, que todo fué de tu madre.

JACOBO.—(*Desconsolado, echándose en brazos de Rosendo.*)—¡Ay, mi madre!

FUNGUEIRO.—No llores, rapaz...

ROSENDO.—(*Apartando a Fungueiro.*)—Déjelo, que razón tiene para llorar.

ESCENA XXXI

DICHOS: el ROMERO, por la derecha

ROMERO.—Señor de los Pazos de Tarroeira, cumplida va mi hambre y mi sed.

(*Se arrodilla.*) (*Empieza a caer el telón muy lentamente.*)

ABAD.—¿Qué hace, hombre?

ROMERO.—Permitame, que es penitencia. Que el Señor de los Mares y de las Tierras y de los Cielos mire por ti y por tus hijos y por los hijos de tus hijos...

ROSENDO.—Amén.

DON ROMUALDO.—(*Acercándose.*)—*Benedictus, Jacobus. Et in memoriam mater tuam.*

PASTORIZA.—(*Sin levantar la vista del suelo.*)

Emigrado camiño d'América
vay o probe infelis amator...

TELÓN